

El zaguán del laberinto

Este sol de julio no alumbra las certezas:
las robustas ruedas de esa silla, tal vez,
atropellen la paz de la memoria;
quizás, despacio, esos pies que no caminan
desanden los recuerdos del ayer.
Pequeños pasos empujan las saetas del reloj:
mis sentidos saltan detrás de nuestro niño,
detrás de sus bermudas, de su risa
y torpes, a su espalda,
no recogen el mensaje fugaz de tu callar.
Dime si tu pupila de nieta brinda luz
o un reflejo de la abrupta sombra del dolor,
dime, si me pierdo, lo que existe
en ese atisbo de senectud que tú bien amas.
Porque vuelvo, frente
a esos ojos que ya no son, pero conozco
y me pregunto si su fulgor plomizo
es un lánguido anticipo del adiós.
Los míos ya se fueron, todos, hace tiempo
entre tristes lecciones de la escuela,
a deshora, siempre
en la última convocatoria de una vetusta facultad.
Se fueron y quedaron las fotografías,
quedaron los juegos y los días de vaivén;
quedó el silencio
de la despedida que no quiso hacerse funeral.
Regresan a este patio las expresiones de sus rostros,
y suplican
que la vida sea la ausencia del olvido
donde habite su imagen, donde vibre su voz.

Solvo